Las

Trapisonda

de la

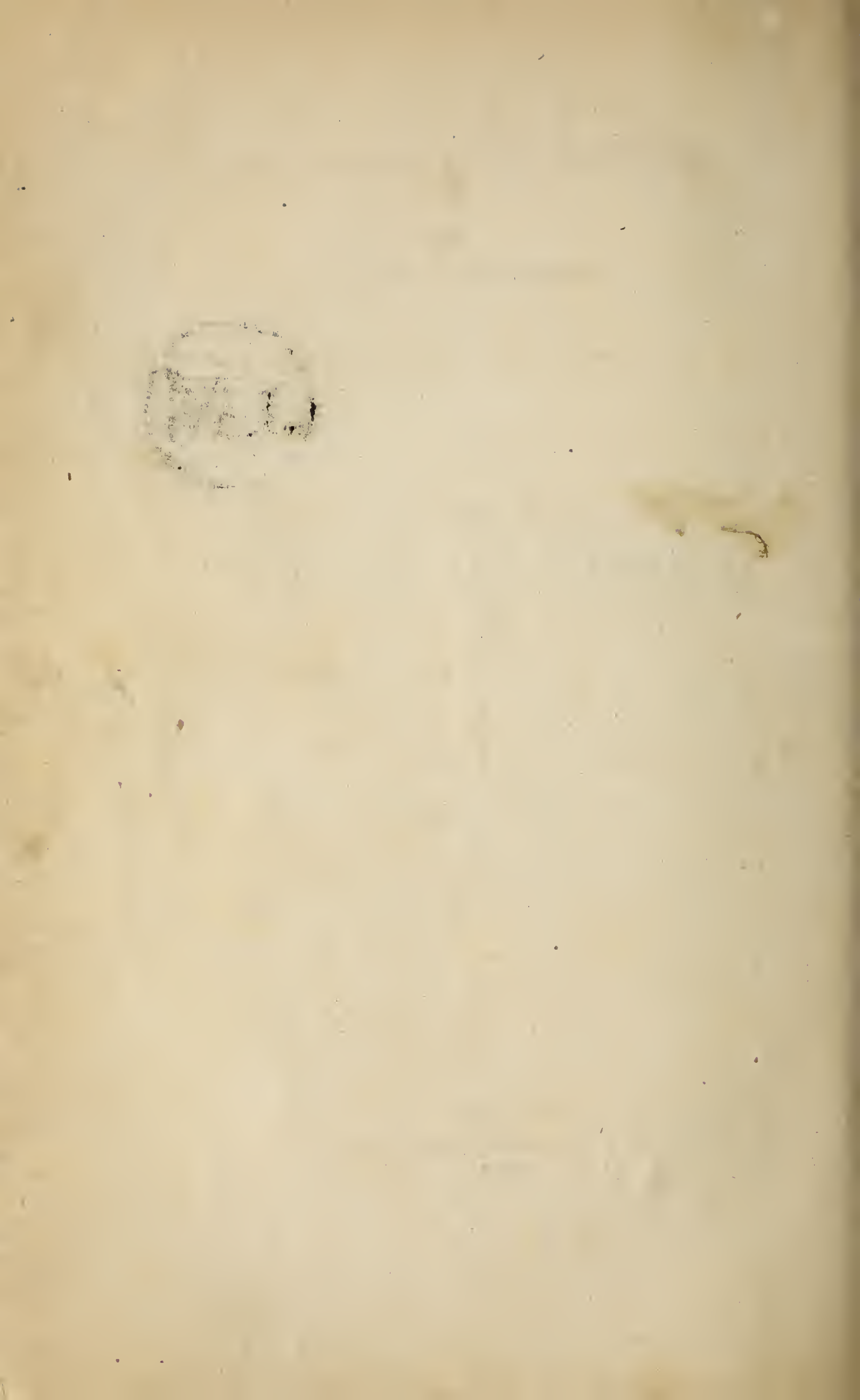
Calle de Gitanos

LAS TRAPISONDAS DE LA CALLE DE GITANOS.

por

D. José Núñez de Lara y Tavira

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela el 14 de Diciembre de 1864.



LAS TRAPISONDAS DE LA CALLE DE GITANOS,

EMBROLLO EN UN ACTO,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA



POR

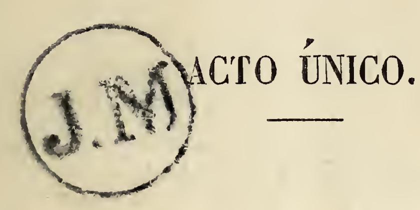
DON JOSÉ NUÑEZ DE LARA Y TAVIRA.

Estrenado en el teatro de la Zarzuela el 14 de Diciembre de 1864.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
D. EDUARDO CARRASPIQUE...	D. Emilio Mario.
D. NEMESIO CACHUPIN........	D. Francisco Arderius.
DOÑA ELENA, su mujer........	Doña Leocadia Vila.
CAROLINA, sobrina de D. Nemesio	Doña N. Moreno.
D. LUPERCIO BALDRAGAS....	D. Francisco Calvet.
JUSTINA, criada................	Doña Balbina Valverde.

La escena es en Madrid.



ACTO ÚNICO.

El teatro representa un comedor.—A la izquierda puerta de una escalera de servicio: en el fondo la que va á las habitaciones principales de la casa: mas allá la de la cocina.—Á la derecha otra puerta y dos balcones: estos tienen colgaduras grandes y cortinillas: por los balcones se ven las casas de enfrente.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINA, hablando hácia adentro, con una alfombrita arrollada debajo del brazo.

Está bien, señor, pero no se enfade usted por eso. (Adelantándose.) El amo no quiere que sacuda las alfombras por los balcones de la Carrera de San Gerónimo, porque el otro dia le han echado un multazo. La señora, por temor al portero que gruñe, tampoco quiere que las sacuda desde las ventanas del patio... Pues señor las sacudiré por el balcon de la calle de Gitanos, por donde no pasa jamás un alma. (Sacude la alfombra por el balcon.)

EDUAR. (Desde abajo.) Habrá porqueria igual!

JUSTINA. (Retirándose, y cerrando el balcon.) Ay, Dios mio! Van á multar otra vez al amo! (Mirando hácia la calle por entre las cor-

tinillas.) Calle! Y es el mismo mocito de ayer, de antes de ayer, y de trasantier! ¿Qué andará rondando por ahí hace tres dias? Mira á la casa de enfrente. (Dejando la alfombra sobre una silla.) Sin duda no ha visto que la cosa ha sido de aqui.

ESCENA II.

ELENA, JUSTINA.

ELENA. (Ap. Contrariada.) Ay, Justina! (Alto.) Justina.

JUSTINA. Señora?

ELENA. (Vacilando.) Vé á traerme el pañuelo que he dejado en mi alcoba.

JUSTINA. (Ap.) Y sale de ella! Intríngulis hay de fijo! (Alto.) Voy, señora. (Váse.)

ELENA. (Corriendo á la ventana.) Allí está... con su lente de un ojo, su baston y su gaban blanco... Qué querrá? Nada he hecho que pueda autorizarle para semejante espionaje. Por ventura no sabe con exactitud dónde vivo, y como la casa tiene dos puertas puedo salir por la de la Carrera de San Gerónimo sin que me vea. Á no ser por este recurso, tres dias ha que me hallaria prisionera.

JUSTINA. (Saliendo.) Señora, no hay tal pañuelo en su alcoba de usted.

ELENA. Entonces lo tendré en el bolsillo. Justamente. (Lo saca.)

JUSTINA. (Ap.) Cuando digo yo que aqui hay gato encerrado! (Váse á la cocina.)

ESCENA III.

ELENA, CAROLINA.

CAR. Buenos dias, tia.

ELENA. Buenos dias, hija mia.

CAR. (Mirando de lejos al balcon.) No llueve hoy?

ELENA. Creo que no.

CAR. Me habia parecido. (Se acerca al balcon, levanta la cortinill y mira hácia la calle.) Allí está! Pobre muchacho! Por qué no ha de pasar de la calle?

ELENA. Qué haces?

CAR. (Alejándose del balcon.) No hay duda: va á volver á llover. Bonito tiempo para nuestra expedicion campestre!

ELENA. Ya sabes lo terco que es tu tio, y aunque cayesen capuchinos de bronce no dejariamos de ir á Torrejon despues de almorzar.

CAR. Y es divertido el tal Torrejon!

ELENA. Nos esperan para firmar el contrato en casa del tio de tu futuro.

CAR. Tia, será posible que me deje usted casar con don Primitivo Forragaitas?

ELENA. Qué quieres? Mi marido se empeña.

CAR. Pero ese hombre me hará infeliz. Y luego, llamarse una la señora de Forragaitas! No ignora usted que tiene mala cabeza; dicen que bebe, juega, y es aficionado á los bailes de Capellanes.

ELENA. Serán mentiras. Tu tio exige pruebas...

CAR. Usted me prometió buscarlas.

ELENA. Ya lo he intentado.

CAR. De veras?

ELENA. Si; el domingo último di por tí un paso... bastante aventurado... porque fuí á un sitio... donde segun me dijeron podria encontrar al tal Forragaitas.

CAR. Y no estaba allí?

ELENA. No, no le hallé. Pero pudo costarme muy cara mi imprudencia; y á no ser por un ardid, que aun no sé cómo me habrá salido...

CAR. Ay, tia! Cuéntemelo usted todo!

ELENA. No viene al caso ya. Asi, Carolina, no te queda otro remedio que conformarte con tu suerte.

CAR. Para eso siempre estamos á tiempo; y mientras tanto, si usted me quisiese ayudar...

ELENA. Á qué?

CAR. Á obtener de mi tio una demora de dos dias... de uno

solamente...

ELENA. Y qué sucederia entonces?

CAR. Quizás se presentara... otro novio.

ELENA. Otro?

CAR. Un excelente muchacho... el hermano de Adela, mi compañera de colegio, á quien he escrito poco há anunciándola el horrible matrimonio de que estoy amenazada. Ella habrá hablado á su hermano, y espero que...

ELENA. Vaya una idea! Te ha dicho por ventura ese jóven que te amase?

CAR. No; pero creo que se lo habrá revelado á Adela, y la prueba es...

ELENA. Cuál?

CAR. Es... que no se halla lejos de aquí.

ELENA. Cómo?

NEMESIO. (Dentro.) Justina! Justina!

CAR. Mi tio viene! (Á Elena.) Por Dios haga usted que se dilate la firma del contrato!

ESCENA IV.

DICHOS, D. NEMESIO, despues JUSTINA.

NEMESIO. Justina! Justina! Si acabará de traerme esa pécora el agua caliente que la he pedido?

ELENA. Vamos, hombre, ten un poco de paciencia.

NEMESIO. La paciencia es una virtud, pero la exactitud es tambien otra. Si tengo paciencia no tendré exactitud, y el tren del camino de hierro se marchará sin nosotros.

CAR. Gran desgracia!

NEMESIO. Qué dices tú?

ELENA. Con que estás completamente decidido?...

NEMESIO. Á firmar hoy mismo en Torrejon el contrato de matrimonio de esta chica con don Primitivo Forragaitas. (Llamando.) Justina! Justina!

CAR. Pero, tio...

NEMESIO. Qué hay?
CAR. Sepa usted que ese jóven me es antipático.
NEMESIO. Ilusiones de muchachas!
AR. Ademas, su nombre es ridículo.
NEMESIO. Al contrario, á mí me parece muy sonoro. Primitivo Forragaitas! Su nobleza debe ser del tiempo de Adan.
CAR. Despues... es muy feo... Tiene un brazo mas corto que el otro.
NEMESIO. Qué importa, si el otro es mas largo? Todo se compensa.
ELENA. Sin embargo, Nemesio...
NEMESIO. Qué, qué?
ELENA. No seria malo conocer algo mejor á ese Forragaitas.
NEMESIO. No, no. Dudo mucho que gane en ser conocido. Con que démonos prisa á aceptarle tal como le creemos; si le conociesemos mas, quizá no le aceptariamos. Esto es lógico.
CAR. Buena lógica!
NEMESIO. Por otra parte, el tio de don Primitivo, que vive al lado de nuestra casa de campo en Torrejon, se enfadaria si desairasemos á su sobrino; y no tendria quien me hiciese pasar bien las noches jugando al Tute; conque no hay que hablar mas acerca de este asunto. (Llamando.) Justina! Justina!
ELENA. (Á Carolina.) Ya lo ves, hija mia.
CAR. Sacrificarme por un Tute!
NEMESIO. Justina!
JUSTINA. Qué manda usted, señor?
NEMESIO. Y mi agua caliente?
JUSTINA. Estaba hirviendo...
NEMESIO. No era menester tanto.
JUSTINA. Y en consecuencia he echado en ella el café.
NEMESIO. Y supones que voy á hacerme la barba con café?
JUSTINA. No se enfade usted, voy á calentar otra agua.
NEMESIO. No; ya no hay tiempo: me afeitaré con agua fria, y ese será tu castigo.
JUSTINA. (Ap.) Y qué me importa á mí que se afeite aunque sea

con agua de nieve?

NEMESIO. El almuerzo para las diez en punto.

ELENA. Ya recordarás, Nemesio, que mi madre está indispuesta, y que prometí ir á verla antes de nuestra marcha.

NEMESIO. Pues bien, en la estacion nos reuniremos. (Va á buscar sus navajas en un armario.)

ELENA. Carolina, dame mi manteleta. (Mirando por el balcon mientras Carolina va á tomar la manteleta de sobre una silla.) Siempre ahí ese jóven! Saldré por la Carrera de San Gerónimo. (Se pone la manteleta y el sombrero que le dieron Carolina y Justina.)

CAR. (Ap. mirando por el balcon.) Y no sube! Capaz es de dejarme casar con Forragaitas!

NEMESIO. Niña, corre á vestirte: Elena, no olvides que el tren marcha á las doce en punto.

ELENA. No lo olvidaré. (Al marcharse, á Carolina.) Vamos, no te apures. Peor seria que te quedases soltera.

CAR. Peor? Pues yo lo preferiria. (Váse Elena.)

NEMESIO. Qué dices, chiquilla?

CAR. Digo... digo que me voy á vestir. (Váse.)

NEMESIO. Algun dia me dará las gracias por el marido que la he buscado. Y sobre todo, tendré quien me haga la partida de Tute, que es lo principal. (Váse.)

ESCENA V.

JUSTINA, despues D. EDUARDO.

JUSTINA. Todos los amos me cargan... en general, pero este... en particular. Qué hombre tan insoportable! No sé cómo la señora puede sufrirle! El almuerzo para las diez! Ya te contentarás con queesté para las once! Antes tengo que acabar mis otros quehaceres. (Coge la alfombra, abre el balcon y la sacude.) Ay! (Dando un grito.) Dios mio, se me ha escapado de las manos!

EDUAR. (Desde abajo.) Qué barbaridad!

JUSTINA. Y le ha caido encima de la cabeza á ese pobre jóven!

(Volviendo á asomarse.) Pero no hay nadie! Ah, bribon! Se ha llevado mi alfombra! Voy á llamar á un guardia para que le prenda. (Va á marcharse, pero se encuentra con D. Eduardo, que sale con la alfombra arrollada debajo del brazo.) Él es!

EDUAR. Dime, chica, es de aqui desde donde echan basura y alfombras sobre la cabeza de los transeuntes?

JUSTINA. Yo...

EDUAR. Pues ahí tienes esa, con mas un alfiler y una gran cantidad de polvo que han caido sobre mis costillas.

JUSTINA. Muchas gracias, caballero. Conque no es usted un ladron?

EDUAR. Creo que no. Ah! me encuentro en el caso de reclamar un buen hallazgo.

JUSTINA. Se contenta usted con cuatro cuartos? (Revolviendo en su bolsillo.)

EDUAR. Dáselos á un pobre. Yo soy rico; pero me contentaré con que me cepilles.

JUSTINA. Al instante, caballero. (Ap.) Quiera Dios que no salga el amo. (Toma un cepillo de encima de una mesa.)

EDUAR. Despachemos, porque estoy de prisa.

JUSTINA. (Cepillándole.) Pues no me parece que tiene usted muchas ocupaciones.

EDUAR. Por qué?

JUSTINA. Porque se pasa la vida en la calle de Gitanos.

EDUAR. Hola! Me has visto?

JUSTINA. (Cepillándole el sombrero.) Como que no soy ciega.

EDUAR. (Ap.) He llamado la atencion de todo el mundo!

JUSTINA. Y no se podrá saber qué hace usted tres dias há plantado ahí debajo de nuestros balcones?

EDUAR. (Turbado.) Mi médico me ha mandado que tome los aires de la calle de Gitanos.

JUSTINA. Pues mire usted, me parece que á veces no son muy puros.

EDUAR. (Da un grito mirando por el balcon abierto.) Oh!

JUSTINA. Le he lastimado á usted?

EDUAR. No, no; limpia, limpia. (Ap. con los ojos fijos en el balcon.)

Este balcon está frente por frente de los suyos. Desde aqui se puede ver todo sin que á uno le espien. (Alto.) Pepa!

JUSTINA. Me llamo Justina, y ya está usted cepillado.

EDUAR. Dime, estás sola?

JUSTINA. No, señor: adentro se hallan los amos.

EDUAR. Diantre!

JUSTINA. Esto no es echarle á usted; pero ya le he limpiado y tengo que hacer el almuerzo, porque los señores deben pasar el dia en Torrejon.

EDUAR. Van á marcharse? Magnífico! Dónde tienes la cocina?

JUSTINA. Allí.

EDUAR. Entonces toma este medio duro, y vete.

JUSTINA. Caballero!

EDUAR. Mira que te se queman las chuletas.

JUSTINA. Si no estan aun al fuego!

EDUAR. No importa. Cuando te digo que se queman! Hum! No hueles? Yo solo me cepillaré. (La coge el cepillo y la empuja hácia la cocina.)

JUSTINA. No se lleve usted el cepillo. (Aturdida.)

EDUAR. (Empujándola.) Anda, tonta, anda!

ESCENA VI.

D. EDUARDO, solo.

Qué fortuna! (Se guarda maquinalmente el cepillo.) Estas buenas gentes... á quienes no conozco... se van de campo! Desde abajo me pondré en acecho, y en cuanto se larguen subo nuevamente, gano con otro medio duro á esa Maritornes, y me instalo en este observatorio, desde donde no temeré las miradas de los vecinos ni los dicharachos de los curiosos. Porque mi presencia en la sucia y desierta calle de Gitanos comenzaba á ser un acontecimiento. Desde aqui podré examinar á mi sabor cuanto ocurra enfrente, en casa de la bella señora de Baldragas, el ángel de mis sueños durante tres dias

con sus correspondientes noches. Quién me habia de decir que el baile de máscaras de Capellanes tendria tales consecuencias para mí! El corazon me anunciaba que iba á encontrar allí mi felicidad! Llego á la puerta indeciso, displicente, fastidiado.—Entraré ó no entraré?—me pregunto á mí mismo con desaliento, cuando veo cerca del despacho de billetes á una mascarita de figura elegante, de talle esbelto, de modales decentes y decorosos. Tambien parecia dudar si entraria ó no. Me aproximo; la ofrezco mi brazo... respetuosamente; lo acepta despues de hacerse rogar un poco, y pasamon adelante. Disponíame á proponerla que bailásemos una polka... mas ó menos íntima, cuando me dice ella sin disfrazar la voz y temblando como la hoja en el árbol —«Caballero, suele usted venir á este sitio?—Si, señora.»—Era mentira, pero con las mujeres es siempre necesario mentir.—«Entonces conocerá usted á don Primitivo Forragaitas?—Pues no le he de conocer? Es íntimo amigo mio.»—Otra mentira, pero con las mujeres no hay otro remedio que disfrazar la verdad.—«Me han dicho, añade ella, que frecuenta mucho estos bailes.—Viene á todos, señora.—Tengo motivos graves para desear encontrarle. Busquémosle.—Busquémosle.»—Y nos ponemos á buscarle por todas partes, ella apoyada en mi brazo, á mí palpitándome fuertemente el corazon. Durante dos horas lo recorrimos todo, el salon de baile, los de descanso, el ambigú... En ninguna parte tropezamos con el tal Forragaitas. Por último, cansada y desanimada mi desconocida, me pidió que la dirigiese á un coche de alquiler.—Una berlina! Oh dulce esperanza! Pero al llegar á ella, entra sola, cierra la portezuela y me deja con una cuarta de narices en la calle, diciéndome por todo consuelo: «Mil gracias, caballero.» Pero aun me quedaba un último recurso.—Adónde he de decirle al cochero, señora?—Á la calle de Gitanos.—Qué número?—Titubea; repito mi insidiosa pregunta, y responde:—Número... número... treinta y

siete.—Echa á andar el carruaje, y yo corro un rato detrás de él... El caballo iba despacio, y yo de prisa. Al cabo de cinco minutos grito al cochero que se detenga, y me acerco á la ventanilla. La desconocida se habia quitado la careta. Era Venus con dominó negro.—Dispense usted, señora, la digo; me habia quedado con su abanico de usted.—Gracias, caballero, repite poniéndose encendida.—Y la berlina vuelve á echar á andar. Pero mi objeto estaba conseguido: habia visto aquella hermosura; aquel sol en mitad de la noche! Á la mañana siguiente corro á la calle de Gitanos, al número treinta y siete, é interrogo al portero.—Vive en esta casa alguna mujer honrada?—Una solamente, en el piso principal.—Cómo se llama?—Don Lupercio Baldragas.—Ah! conque hay marido de por medio?—Si, señor, y ha vuelto esta noche de un viaje con una fluxion de muelas.—Desde entonces me dedico á contar los adoquines de la calle, dirigiendo mi lente á los balcones de mi amada; pero hasta ahora no he visto en ellos mas que una vieja bigotuda y horrible, una especie de dragon con faldas. Será sin duda la suegra. Por último, esta mañana, cansado ya de esperar, envié por conducto del portero una maceta de camelias á la señora de mis pensamientos, acompañada de un papelito, en el cual la decia:—«En cuanto su marido de usted salga, ponga usted ese tiesto en su balcon, y en seguida tendrá noticias de Forragaitas.»—No tengo ninguna que darle, pero con las mujeres... (Campanillazo en el cuarto de D. Nemesio.) Hola! Parece que el amo de la casa y su sobrina han acabado de afeitarse. (Enciende maquinalmente un cigarro.) Me vuelvo á contar los adoquines. (Se dirige hácia el fondo: campanillazo en la puerta de entrada.) Cáspita! Será alguna visita ahora? (Nuevos campanillazos en la izquierda y en el fondo.) Estoy entre dos fuegos... es decir, entre dos campanillas. Cómo evitaré que me pesquen aqui? Ah! escondiéndome en ese balcon. (Entra en el balcon y deja caer la cortina.)

ESCENA VII.

JUSTINA, despues D. LUPERCIO.

JUSTINA. (Saliendo de la cocina.) Campanillazos en ambos lados! Ya van! ya van! Y aquel caballerito, dónde se habrá metido? Y el cepillo, que habrá hecho de él? (Cuando va hácia el foro, D. Lupercio aparece en la puerta con una mejilla muy hinchada y encendida.)

LUP. (Misteriosamente y muy agitado.) Eh! Muchacha! Muchacha!

JUSTINA. (Asustada.) Ay, Jesus mio!

LUP. No grites. Ha salido tu amo?

JUSTINA. No.

LUP. Pues si me han dicho que debia ausentarse!

JUSTINA. Aun está ahí, y le voy á avisar.

LUP. No, no. Á qué hora saldrá?

JUSTINA. Á las once.

LUP. En ese caso volveré á las once y media.

JUSTINA. Y no le encontrará usted.

LUP. Tanto mejor. (Ap. Muy agitado, y mirando hácia el segundo balcon.) Si: desde aqui podré verlo, observarlo todo! Pobre del miserable que hace la corte á mi mujer, que la envia macetas de camelias y billetes incendiarios! (Llevándose la mano á la mejilla.) Cómo me duele el carrillo!

JUSTINA. Pero caballero...

LUP. Calla! Toma esta peseta, y no digas nada.

JUSTINA. (Ap.) Con el medio duro del otro, ya son catorce reales. (Alto.) Yo no le conozco á usted.

LUP. No hables palabra, y te haré rica. (Ap.) Me ocurre una idea excelente. (Alto.) Conque ¿estás? volveré á las once y media. (Váse.)

ESCENA VIII.

JUSTINA, luego D. NEMESIO.

JUSTINA. Qué significa todo este lio? (Atónita.)

Nemesio. (Sale de su cuarto con una campanilla cascada, y repicándola furioso.) Gracias á Dios que pareces! ¿Con que es decir que te doy un salario escandaloso, cuarenta reales al mes, y no puedo conseguir que vengas cuando llamo?

Justina. Yo le diré á usted....

Nemesio. Qué me has de decir, desventurada? Vé corriendo á ayudar á mi sobrina, que no acaba de vestirse, y sirve incontinenti el almuerzo.

Justina. Incontinenti?

Nemesio. Vuela.

Justina. Vuelo. (Ap.) Incontinenti! Qué querrá decir? (Entra en el cuarto de Carolina.)

ESCENA IX.

D. NEMESIO, despues D. EDUARDO.

Nemesio. Cosa rara! Cómo huele á cigarro aqui! Fumará esta muchacha? Voy á abrir el balcon para que se ventile esto... (Abre el balcon y vé á D. Eduardo con el cigarro en la boca.) Ah!

Eduar. Oh!

Nemesio. Un hombre en mi balcon!

Eduar. (Saludándole.) Es usted el inquilino de este cuarto?

Nemesio. Por las señas. Pero qué hacia usted ahí, caballerito?

Eduar. Iba á entrarme ya, porque comienza á llover.

Nemesio. Conque responda usted: ¿qué hacia usted ahí?

Eduar. Nada: (Saca el cepillo y se limpia.) me estaba cepillando la ropa.

Nemesio. En mi balcon?

Eduar. Qué tiene eso de particular?

Nemesio. Mucho.

Eduar. Pero vea usted qué sábia es la naturaleza! No permitiendo al hombre que se cepille por detras, ha querido darnos á todos esta elocuente leccion: cepillaos los unos á los otros! (Presentándole el cepillo.)

Nemesio. Vaya usted á que le cepille un limpia-botas.

EDUAR. (Riéndose á carcajadas.) Já, já, já! Usted es un hombre de talento!

NEMESIO. (Bruscamente.) Usted tambien lo es. Aunque eso no me explica...

EDUAR. (Interrumpiéndole.) Advierto que tiene usted polvo en la levita, y si me permite que... (Le cepilla.)

NEMESIO. No, no.

EDUAR. (Cepillándole.) Tengo mucho gusto en ello.

NEMESIO. (Dejándose cepillar, ap.) Es un loco!

EDUAR. (Cepillando á D. Nemesio, y mirando por encima de su cabeza.) Aun no ha puesto la señal.

NEMESIO. (Cogiéndole el cepillo.) Señor mio, nunca acepto un obsequio sino para devolverlo. Vuélvase usted.

EDUAR. No me atrevia á rogárselo á usted. (Se deja cepillar y mira hácia el balcon.)

NEMESIO. No acabará usted de decirme?...

EDUAR. Cuanto usted quiera.

ESCENA X.

DICHOS, JUSTINA, luego CAROLINA.

JUSTINA. (Estupefacta.) Cómo! El jóven de antes cepillando al señor!

NEMESIO. Qué hay? (Eduardo mira hácia el balcon.)

JUSTINA. La señorita está vestida, y voy á poner la mesa.

NEMESIO Conoces á este quidam? (Bajo á ella.)

JUSTINA. Yo? No señor. (Durante lo que sigue pone la mesa en el fondo.)

NEMESIO. Conque deciamos, amiguito?...

EDUAR. (Inquieto.) Si, si... Qué deciamos?

CAR. (Saliendo.) Ya estoy lista. (Viendo á Eduardo: ap) Él es!

EDUAR. (Ap.) Es guapa esta chica. (Se guarda precipitadamente el cepillo.)

CAR. (Ap.) Por fin se ha decidido. (Le saluda.)

EDUAR. (Saludándola.) Señorita...

NEMESIO. Sepamos, pues...

EDUAR. (Ap.) Ganemos tiempo. (Á D. Nemesio.) Caballero, tenga usted la bondad de presentarme á su hija.

NEMESIO. Mi hija? Es mi sobrina.

EDUAR. Razon mas.

NEMESIO. No veo la precision de...

EDUAR. Cuando dos hombres se han cepillado recíprocamente, no pueden negarse nada.

NEMESIO. Vaya una teoria! Pero ya que usted se empeña... sobrina, te presento este caballero... á quien he encontrado en el balcon.

CAR. Sin duda vendria... á hablarle á usted. (Con intencion.)

EDUAR. Con efecto, acabo de tener el gusto de hablar largamente con su señor tio de usted.

CAR. (Alegre.) Ah!

NEMESIO. Si, estabamos á punto de explicarnos claramente, cuando...

CAR. (Ap.) Le habrá pedido mi mano ya?

NEMESIO. Cuando tu presencia cortó de pronto el hilo de nuestra conversacion.

CAR. En ese caso me retiro.

EDUAR. No; quédese usted, por Dios.

NEMESIO. (Ap.) Vamos, es cosa decidida que no sabré jota.

CAR. (Bajo á Eduardo.) No le ha dicho usted nada?

EDUAR. (Sorprendido.) De qué?

NEMESIO. (Á Eduardo, despidiéndole.) Amigo, celebro infinito haberle conocido á usted.

EDUAR. (Ap.) Me echa á la calle!

NEMESIO. Pero vamos á sentarnos á la mesa y...

EDUAR. (Haciendo que comprende mal.) Sin conocerme! Acepto con sumo placer.

NEMESIO. (Estupefacto.) Eh?

EDUAR. Lucia, pon un cubierto mas. (Mirando al balcon.)

JUSTINA. Justina, señorito, Justina.

NEMESIO. No me ha entendido. (Á Carolina.) Si yo no le he convidado á almorzar!

CAR. (Á media voz.) Si, tio.

NEMESIO. No, sobrina.

CAR. De todos modos, ya que tiene que hablarle á usted...

NEMESIO. Es verdad.

CAR. (Bajando los ojos.) Si: debe explicarle á usted... el motivo de su visita.

NEMESIO. Es verdad.

JUSTINA. (Que ha puesto un tercer cubierto.) Cuando ustedes gusten.

NEMESIO. (Ap) Su visita me costará dos chuletas. (Á Eduardo, que mira hácia el balcon.) Caballerito...

EDUAR. Nada, no parece la señal! (Ap.)

CAR. Caballero...

EDUAR. Ah! Perdonen ustedes!

NEMESIO. Me sorprende... es decir, me regocija mucho que me dispense usted el honor de almorzar con nosotros. (Designándole un sitio á espaldas del balcon.) Tome usted asiento.

EDUAR. (Ap.) De espaldas al balcon? No, no. (Pasa por delante de D. Nemesio, y ocupa el puesto de este.) Me pondré donde usted me diga. (Le entrega su sombrero y su baston.)

NEMESIO. (Yendo á dejarlos sobre una silla.) Me quita mi puesto!

EDUAR. (Ap.) Asi, en cuanto aparezca...

NEMESIO. (Sentándose de espaldas al balcon.) Y ahora, con el aire que entra, cogeré algun catarro. (Se levanta, cierra el balcon, y vuelve á sentarse.)

EDUAR. (Ap.) Diantre! Eso si que no. (Se levanta, corre al balcon, lo abre y vuelve á sentarse. D. Nemesio, que le ha seguido con la vista, repite el mismo juego de antes, de muy mal humor.) Conque tiene usted empeño en cerrar el balcon?

NEMESIO. Si señor, padezco de reuma.

EDUAR. (Yendo nuevamente al balcon.) Entonces... voy á levantar solamente las cortinillas para ver mejor... (Lo hace.)

NEMESIO. Para ver qué?

EDUAR. Para ver mejor... á esta señorita.

CAR. (Ap.) Es muy fino. (Eduardo mira siempre hácia el balcon por encima de la cabeza de D. Nemesio, que inquieto se pasa la mano de vez en cuando por el cráneo.)

NEMESIO. (Sirviéndole.) Ahora que estamos aqui poco menos que en familia, va usted á descubrirme...

EDUAR. (Ap echando el lente por encima de la cabeza de D. Nemesio.)

Nada, nada todavia.

NEMESIO. (Inquieto, pasándose la mano por la cabeza.) Qué le chocará en mi calva? (Alto.) Supongo que me dirá usted?...

EDUAR. Despues... delante de esta preciosa niña...

NEMESIO. Y por qué no?

CAR. (Con intencion.) Ciertamente: cuando hay algo que decir no se debe perder tiempo...

EDUAR. (Distraido.) Es exacto.

NEMESIO. (Ap.) Pero qué diablos tendré yo en la cabeza?

CAR. Y como en cuanto acabemos de almorzar nos marchamos á Torrejon...

EDUAR. (Distraido.) A Torrejon? Bonito pueblo! Qué ricos melones hay allí!

CAR. (Sorprendida.) Cómo!

NEMESIO. No se trata de melones ahora!

EDUAR. (Ap.) Se ha entreabierto el balcon de enfrente!

NEMESIO. Vamos á firmar un contrato matrimonial.

CAR. El mio! (Con intencion.)

EDUAR. (Estremeciéndose y corriendo al balcon.) Cielos!

CAR. (Levantándose.) Dios mio!

NEMESIO. (Levantándose asustado: su silla se cae.) Qué sucede?

EDUAR. (Desde el balcon muy triste.) Es la vieja!

NEMESIO. (Exasperado.) Por poco me hace usted tragarme el hueso de mi chuleta. Qué le pasa á usted, hombre?

EDUAR. Me habia parecido ver una araña en sus cabellos de usted. Justamente; aqui está. (Finge que la hace caer con el cepillo y que la mata con el pié. Despues vuelve á guardarse el cepillo y se sienta.)

NEMESIO. Ay, ay, ay! Está usted bien seguro de habérmela quitado?

EDUAR. Tanto como de haberla muerto.

NEMESIO. (Ap.) Bien decia yo que tenia algo en la cabeza. (Levanta la silla.)

CAR. (Ap.) Qué será?

EDUAR. Ah! Conque van ustedes á Torrejon?

CAR. Si, señor. (Significativamente.)

NEMESIO. Pero no me iré completamente tranquilo hasta haber

sabido...

EDUAR. Pues sepa usted lo que es. Estabamos la otra tarde en Carabanchel...

JUSTINA. (Saliendo.) Señor, acaban de dar las once.

NEMESIO. (Levantándose.) Vaya, estaba de Dios que habia de quedarme con la curiosidad. Carolina, despáchate; no hay que perder un instante. (Todos se levantan. Justina retira la mesa á un lado y se va á la cocina.) Señor mio, no me quejo de que se haya usted comido dos chuletas... (Á Eduardo que está sentado con el tenedor en la mano, sin notar que se han llevado la mesa.)

EDUAR. Como digo, nos encontrabamos en Carabanchel...

NEUESIO. (Dándole el sombrero y el baston.) Ya no es tiempo: el ferro-carril nos llama. Asi...

EDUAR. (Levantándose y entregándole el tenedor y la servilleta.) Volveré á ver á usted.

NEMESIO. Lo supongo... Á mi vuelta!

CAR. (Ap.) Á buena hora!

NEMESIO. Sabe usted que esta casa...

EDUAR. Gracias: reconózcame usted por un servidor suyo.

CAR. (Ap.) Ni siquiera ha pronunciado mi nombre!

NEMESIO. Conque, hasta la vista.

EDUAR. Beso á usted... Señorita... (Ap., marchándose.) En cuanto vuelva las espaldas estoy otra vez aqui. (Váse.)

NEMESIO. (Mirándole marchar.) Vaya un personaje original. (Éntrase en su cuarto. Justina se va á la cocina.)

JUSTINA. (Ap.) Bien digo que en todo esto hay algun gato encerrado!

ESCENA XI.

CAROLINA, luego D. EDUARDO.

CAR. Habrá majadero! Pues no se va sin hablar á mi tio!

EDUAR. (Volviendo á salir, ap.) Esa maldita vieja me fastidia soberanamente!

CAR. (Viéndole.) Él es!

EDUAR. (Ap.) La sobrinita de su tío!

CAR. (Acercándose á él.) No ha dicho usted nada, y nos vamos á marchar.

EDUAR. Si, ya sé...

CAR. Cuando solo de usted dependia retrasar nuestra partida!

EDUAR. Cómo? (Sorprendido y sin comprender.)

CAR. Toma! Habiendo hablado! Pero no señor, usted no piensa sino en comer, en beber, en matar arañas. Por tales medios no impedirá usted que vayamos á Torrejon.

EDUAR. Es claro. (Ap.) Qué enigma será este?

CAR. Á qué aguarda usted? Tan tímido es usted, don Eduardo?

EDUAR. (Ap., atónito.) Sabe mi nombre!

CAR. Pues no es eso lo que me contaba de usted en el colegio su hermana Adela.

EDUAR. Mi hermana?

CAR. Á la cual iba usted á ver todos los jueves, y de quien yo no me separaba.

EDUAR. Si, si, si, si. (Ap.) Vamos, es una de las diez y seis ó diez y siete amigas... que no se separaban nunca de ella.

CAR. (Turbada.) Dios mio! Por ventura Adela no le habrá á usted hablado de mí?

EDUAR. Durante quince dias no ha hecho otra cosa.

CAR. (Alegre.) Bien lo sabia yo! Y entonces, por qué no ha subido usted antes?

EDUAR. Subir? Aqui?

CAR. No era eso mejor que andar rondando la calle todo el santo dia de Dios?

EDUAR. (Turbado.) Señorita, crea usted... (Ap.) Que me empalen si comprendo una palabra!

NEMESIO. (Dentro.) Carolina, estás lista?

CAR. Lo oye usted? El tio me llama: voy á ponerme la mantilla, y si no habla usted, esta noche seré la señora de Forragaitas. (Entra en el cuarto de D. Nemesio.)

ESCENA XII.

D. EDUARDO, luego D. LUPERCIO.

EDUAR. (Estupefacto.) Forragaitas! Conque ella tambien conoce?...

LUP. (Sale impetuosamente y sin ver á Eduardo.) Las once y cuarto! Ya deben haberse marchado!

EDUAR. (Sin verle.) Pero qué diablos tendrán todos que ver con ese tal Forragaitas?

LUP. (Sin verle.) He tendido el lazo! He puesto la maceta de las camelias al balcon. (Viendo á D. Eduardo.) Diantre!

EDUAR. (Ap.) Quién será este hombre?

LUP. (Ap.) Aqui todavia el dueño de la casa!

EDUAR. (Ap.) Qué cara tan atravesada! (Los dos se miran sin hablar.)

LUP. Caballero, me han dicho que se alquilaba este cuarto.

EDUAR. Pues no tengo la menor noticia de ello.

LUP. Lo siento mucho. (Nuevo silencio.)

EDUAR. (Ap.) Si pensará no moverse de aqui?

LUP. (Sacando el reloj, ap.) Si no pensará en marcharse? (Alto.) Sabe usted que son las once y veinte?

EDUAR. (Sacando tambien el reloj.) Y qué?

LUP. Y yo atraso algo.

EDUAR. Y qué?

LUP. Va usted á llegar tarde.

EDUAR. Adónde?

LUP. Al ferro-carril.

EDUAR. Á cuál?

LUP. No lo sé, pero va usted á llegar tarde. Ya es hora, ya es hora.

EDUAR. (Ap.) Intenta alejarme de esta casa.

LUP. (Ap.) No quiere largarse, y mi señal que... Buena idea! (Lanza un gesto y se deja caer de rodillas.) Ah!

EDUAR. Qué es eso?

LUP. (Con voz apagada y arrojándose sobre un sillon.) Que me muero

EDUAR. Un síncope!... Caballero, váyase usted corriendo á su domicilio.

LUP. Un poco de vinagre, por Dios. (Como antes.)

EDUAR. Allá voy. (No sabiendo adónde ir.) Vaya una imprudencia! Venir á desmayarse á casa ajena! (Éntrase en la cocina.)

LUP. (Levantándose en seguida.) Perfectamente! Ahora me escondo en el balcon, y pobre del que entre en mi portal. Cáspita! Cómo me duele la cara! (Desaparece en el segundo balcon entornando las vidrieras.)

ESCENA XIII.

D. NEMESIO, CAROLINA, despues D. EDUARDO.

NEMESIO. Despáchate. Tu tia nos espera en la estacion, y Forragaitas estará lleno de impaciencia.

CAR. Pero, tio, cuando le digo á usted que don Eduardo es el hermano de Adela...

NEMESIO. Tararira!

CAR. Que tiene cuarenta mil reales de renta, y que viene á pedirle á usted mi mano.

NEMESIO. Tararira! No ha venido mas que á cepillarse: yo le he cepillado á él, él me ha cepillado á mí, y en esto no veo nada que se parezca á una peticion matrimonial.

CAR. Es que usted le intimidó; pero va á hablar.

NEMESIO. Y dónde está?

CAR. Aqui se quedó.

EDUAR. (Dentro.) Voy allá!

CAR. Él es.

NEMESIO. Pues que hable en seguida, porque si no nos marchamos... incontinenti.

EDUAR. (Con una vinagrera en la mano.) Tome usted el vinagre.

CAR. y NEM. El vinagre?

EDUAR. (Ap.) Qué habrá sido del viejo?

NEMESIO. Para qué trae usted ese vinagre?

CAR. Tio, despues lo sabremos. Lo principal es que escuche usted á don Eduardo, quien tiene que comunicarle una

cosa muy interesante.

EDUAR. (Ap. atónito.) Yo?

NEMESIO. Comuníqueme usted, jóven; comuníqueme usted.

EDUAR. (Ap.) Qué podria yo comunicarle? (Alto.) Estábamos la otra tarde en Carabanchel... (Mira por el primer balcon y lanza un grito de júbilo.) Cielos!

NEMESIO. (Asustado.) Qué?

EDUAR. (Transportado.) Las camelias! Está allí! Oh felicidad! Gracias, Dios mio, gracias! (Váse como un loco por el foro, dejando á D. Nemesio la vinagrera.)

ESCENA XIV.

D. NEMESIO, CAROLINA, luego D. LUPERCIO.

NEMESIO. Qué significa esto? Adónde va?

CAR. Ha dicho: «Gracias, Dios mio!»

NEMESIO. Pues eso no se parece en nada á lo que esperabas. Vámonos á Torrejon. (Coge el brazo de su sobrina y se va á marchar, cuando se abre con estrépito el balcon segundo, aparece D. Lupercio con el pelo erizado y atraviesa la escena corriendo.)

LUP. Ha entrado en mi casa! Le atrapé! Venganza! Gracias, Dios mio, gracias! (Se precipita por la puerta del fondo, empujando á D. Nemesio, espantado de aquella brusca aparicion.)

ESCENA XV.

CAROLINA, D. NEMESIO, JUSTINA.

NEMESIO. (Cayendo sobre una silla y gritando.) Ladrones! Ladrones!

CAR. (Cayendo sobre otra silla.) Socorro!

JUSTINA. (Sale corriendo.) Pero qué sucede?

NEMESIO. (Levantándose fuera de sí.) Que pasan aqui acontecimientos sobrenaturales... que de mis balcones brota una poblacion numerosa... vociferando palabras incomprensibles, y que voy á dar parte de todo á la policia. (Da la vinagrera á Justina y va á marcharse.)

CAR. Tio!

NEMESIO. Sobrina, enciérrate, enciérrate en tu cuarto. Esto no es una casa; es un camino real. (Carolina entra en su cuarto.) Voy volando á dar parte á la policia. (Váse por el foro.)

ESCENA XVI.

JUSTINA, despues ELENA.

JUSTINA. Caramba! Pues á mí me va entrando tambien canguelo. Á no ser que el amo se haya vuelto loco! Un tonto! Eso es imposible.

ELENA. (Sale muy turbada por la escalera de servicio.) Vengo trémula! (Sin ver á Justina.)

JUSTINA. Ay! La señora por la puerta falsa!

ELENA. (Sin verla y ap.) Volvia de la estacion, donde he esperado en balde á mi marido, cuando al pasar por la calle de Cedaceros he visto á ese jóven que atravesaba corriendo la de Gitanos, seguido de otro que no he podido conocer.—Seria por ventura Nemesio?

JUSTINA. (Ap) Habla sola!

ELENA. Qué habrá sucedido en mi ausencia? Descubriria mi casa el imprudente? (Vacila y se apoya en una silla.)

JUSTINA. Señora, qué tiene usted?

ELENA. Justina, y mi marido?

JUSTINA. Ha ido en busca de la policia.

ELENA. De la policia?

JUSTINA. Estaba fuera de sí.

ELENA. (Ap.) No hay duda: lo sabe todo. (Ruido de pasos precipitados en la escalera.) Ruido en la escalera! Alguien viene! (Muy asustada, entrándose en el cuarto de la izquierda.) No digas á nadie que he vuelto. (Váse.)

JUSTINA. Bien, señora. (Ap.) Todos se han vuelto locos!

ESCENA XVII.

JUSTINA, D. EDUARDO, despues ELENA.

EDUAR. (Sale pálido y sin aliento por el foro.) Me he salvado! Ha perdido mis huellas!

JUSTINA. Otro que tal!

EDUAR. (Sofocado.) Vé corriendo á prepararme una cama.

JUSTINA. Cuál!

EDUAR. La que quieras; la tuya.

JUSTINA. Ahora tengo que salir, y no puedo.

EDUAR. Toma! (La da dinero.)

JUSTINA. Otras dos pesetas!

EDUAR. Vete, y no digas á nadie que he vuelto.

JUSTINA. Lo mismo que la señora! Lo repito: aqui hay un gato muy gordo encerrado. (Váse.)

EDUAR. Ahora que conozco su suerte, compadezco de todo corazon á las liebres! Hace un instante, al divisar la señal anhelada, atravieso la calle ébrio de esperanza, y llamo á la puerta de la hermosa señora de Baldragas... por mas señas que me he quedado con el cordon de la campanilla en la mano. (Se lo guarda en el bolsillo.) Una Maritornes tuerta me abre, y entro en la casa. Pero en aquel momento se oyen gritos salvajes en la escalera.—El amo! exclamaba la tuerta con terror.—Á la voz de alarma me precipito como una bomba en el cuarto, sembrando el suelo á mi paso de muebles, de sillas y de veladores; cerrando todas las puertas detrás de mi para libertarme de aquel frenético perseguidor, cuyas vociferaciones se confunden con los lamentos de la tuerta. Por fin llego á la cocina! Oh felicidad! Una escalerita oscura se presenta á mis ojos... Me lanzo á ella, derribando á un aguador que subia cargado con su cuba; llego á la calle, y entro aqui, rendido aunque sano y salvo. (Se deja caer en una silla y se levanta en seguida con agitacion.) Pero y ella? Y ella? Mi vision, mi cielo, que

no he visto en mi rápida carrera? Habrá quedado en poder de aquel hipopótamo furioso? Va á asesinarla! Y yo no tengo armas para volar en su socorro! (Exaltado.) Dónde esta don Nemesio Cachupin? Necesito su sable, su fusil, su cartuchera! Dónde está? Dónde está? (Abriendo al acaso la puerta de la cocina y llamando.) Cachupin! (Abriendo la puerta del fondo.) Cachupin! (Abriendo la puerta del cuarto donde está Elena.) Cachup... (Viéndola.) Es ella!

ELENA. Usted aquí?

EDUAR. Ah, señora! Qué buena idea ha tenido usted!

ELENA. Márchese usted al punto.

EDUAR. Á esta casa no vendrá á separarnos.

ELENA. Quién?

EDUAR. Ese marido feroz!

ELENA. Le ha dicho usted?...

EDUAR. Nada, pero lo sabe todo. Habrá encontrado el billete...

ELENA. Un billete? Qué infamia! Usted me ha comprometido!

LUP. (Dentro.) Digo que subiré con mil pares de demonios!

EDUAR. (Dando un grito.) Ah! es su voz!

ELENA. (Asustada.) Cielos!

EDUAR. (Empujándola á su cuarto.) Escóndase usted pronto. (Cierra la puerta.) Yo la salvaré, yo la salvaré. (Coge una silla para defenderse.)

ESCENA XVIII.

D. EDUARDO, D. LUPERCIO.

LUP. No se ha marchado aun! Gracias, Dios mio!

EDUAR. (Asustado.) Ay, ay, ay!

LUP. No me reconoce usted? Soy don Lupercio Baldragas, el vecino de enfrente, y vengo á pedirle á usted un favor, señor don Nemesio.

EDUAR. (Ap.) Don Nemesio?

LUP. (Conmovido.) Amigo Cachupin, mi mujer me engaña: tendí pues, un lazo: yo me habia escondido ahí, en su balcon de usted...

EDUAR. (Ap.) Habrá tunante?

LUP. Y ví al seductor entrar en mi casa tan de prisa, que ni pude distinguir el color de sus cabellos.

EDUAR. (Ap.) Qué fortuna!

LUP. Me lanzo en su seguimiento creyendo conseguir mi venganza; semejante al aquilon atravieso las habitaciones, pasando por encima de los muebles y de un hombre caido en la escalera...

EDUAR. El aguador.

LUP. Quién le ha dicho á usted que era el aguador?

EDUAR. (Ap.) Oh! (Alto.) Lo supongo... al ver que trae usted las botas húmedas.

LUP. (Mirando los pies de D. Eduardo.) Usted tambien las tiene mojadas.

EDUAR. Yo? Si, como que acabo de tomar un baño de pies.

LUP. (Prosiguiendo.) En fin...

EDUAR. Y no haria usted mal en ir á tomar otro, porque son excelentes para las fluxiones.

LUP. Quién le ha dicho á usted que yo padezco de ellas?

EDUAR. Pero, santo varon, basta con mirarle á usted esa cara, que parece una remolacha.

LUP. Es verdad. En fin, no pude atrapar al infame galopin...

EDUAR. (Ap.) Galopin! Aah! porque galopaba!

LUP. Se me escapó de entre las manos, y mi mujer tampoco estaba allí! La criada asegura...

EDUAR. Qué criada? La tuerta?

LUP. (Furicso.) Cómo sabe usted que es tuerta?

EDUAR. Lo supongo, al ver que trae usted las botas... No, no! Pero, señor de Baldragas, no es uno dueño de suponer nada cuando habla con usted?

LUP. Es cierto. Ademas, usted es mi vecino, y puede haber reparado... En fin, el bribon desapareció, y mi mujer se fué sin duda con él; pero yo les encontraré y los daré muerte á los dos. Usted será mi padrino, Cachupin, con otro de mis amigos.

EDUAR. Vaya usted á buscarle.

LUP. No; voy á escribirle. (Se dirige á la izquierda.)

EDUAR. No, ahí no... Entre usted allá. (Le conduce hasta la puerta la cocina.)

LUP. Gracias, Cachupin. (Volviendo atrás.) Cachupin, usted es casado; su mujer le engañaráel mejor dia; cuente usted conmigo para ese caso. Demonio! Cómo me duele el carrillo! (Váse.)

ESCENA XIX.

D. EDUARDO, luego D. NEMESIO, despues D. LUPERCIO.

EDUAR. Y ahora, escapémonos. Señora... (Abriendo la puerta del cuarto de Elena.)

NEMESIO. No he podido encontrar al Inspector. (Á Eduardo.) Otra vez usted aqui!

EDUAR. Cachupin!!

NEMESIO. (Amenazador.) Señor mio!

EDUAR. Es usted caballero?

NEMESIO. (Con dignidad.) He sido fabricante de jabon... con que no le digo á usted mas.

EDUAR. En ese caso vea usted lo que vea, haga yo lo que haga, chit!... Silencio! Se trata de la vida de una dama.

NEMESIO. Cómo?

EDUAR. (Corriendo á la puerta de Elena.) Señora, señora...

NEMESIO. Una mujer en mi casa! (D. Lupercio sale de la cocina con una carta en la mano.)

EDUAR. (Llamando sin verle.) Señora de Baldragas! Señora de Baldragas!

LUP. (Rugiendo.) Qué oigo! Con qué está ahí?

EDUAR. (Impidiéndole el paso.) Aquí no hay nadie.

NEMESIO. Otro desconocido!

LUP. (Furioso.) Dejeme usted.

EDUAR. No se entra!) Le rechaza y se mete en el cuarto.)

LUP. (Furioso.) Era su cómplice! Ah infame Cachupin. (Entra como un loco en el cuarto.)

NEMESIO. (Asombrado.) Infame Cachupin! Señores!... Señores! Adónde van? (Gritos dentro y ruido de muebles caidos.) Ay!

Qué sucede? (Va á entrar en el cuarto.)

ESCENA XX.

ELENA, D. NEMESIO, luego D. EDUARDO y D. LUPERCIO.

ELENA. (Sale por la escalerilla falsa.) Dios mio! Qué escena! Qué escándalo.

NEMESIO. (Estupefacto.) Elena!

ELENA. (Asustada.) Ah!

EDUAR. (Sale por la misma puerta con un sable, un fusil y una cartuchera. A Elena.) Huya usted! (Elena se esconde en el cuarto de la izquierda.)

NEMESIO. Me dirá usted, caballerete?...

EDUAR. (Fuera de sí.) Mire usted que me sigue. Tome usted esto, y defiéndala. (Le deja el fusil en la mano, y se precipita en seguimiento de Elena.)

LUP. (Sale con dos pistolas por la puerta de la escalerilla.) He encontrado armas, y no se me escaparán.

NEMESIO. (Presentándole el fusil.) No se pasa!

LUP. Atrás! Quiero matarlos á los dos! (Corre detrás de ellos.)

NEMESIO. Pero por qué? Por qué quiere matar á mi mujer? (Se lanza á la izquierda, siempre con el fusil. Gritos dentro,)

ESCENA XXI.

TODOS.

ELENA. (Saliendo por la cocina.) Socorro!

CAR. (Siguiéndola.) Tia! qué hay?

ELENA. Qué hay? Gracias á mi imprudencia de la otra noche... (Viendo salir á Eduardo.) Ah!

EDUAR. (Saliendo por la cocina y teniendo cerrada la puerta.) Le he tirado una escoba entre las piernas.

LUP. (Dentro.) Yo te cogeré!

EDUAR. Ahí está!

ELENA. (Gritando.)Oh! (Se precipita al cuarto de la izquierda y cierra.)

EDUAR. Corra usted el cerrojo! (Gritando desde afuera. D. Lupercio aparece con las pistolas y corre hácia Carolina, á quien toma por su mujer.)

LUP. Tú primero, y despues él.

CAR. (Exhalando un grito.) Ah!

EDUAR. (Con la cartuchera á la espalda y el sable en la mano.) No pasará usted sino por encima de mi cadáver.

NEMESIO. (Saliendo con su fusil y apuntando á todos.) Quieto todo el mundo, ó hago fuego!

EDUAR. (Cogiendo á Lupercio y poniéndole delante de sí.) Dispare usted!

LUP. No, no!

JUSTINA. Qué es esto? (Saliendo por el foro.)

CAR. Tio!

NEMESIO. No está cargado... desgraciadamente. Señores, propongo un armisticio... y expliquémonos. (Á D. Lupercio.) Quién es usted? Qué quiere usted?

LUP. Soy don Lupercio Baldragas, y quiero matar á don Nemesio Cachupin.

NEMESIO. (Asustado.) Deténganle ustedes!

EDUAR. Y á mí qué me importa?

NEMESIO. No tengo miedo á la muerte; pero amo extraordinariamente la vida. Por qué pretende usted matarme?

LUP. Yo? Yo no me ocupo de usted, sino de ese mequetrefe.

EDUAR. Deténganle ustedes!

NEMESIO. Y á mí qué me importa? Pero qué ha hecho?

LUP. Es el amante de la mujer que está ahí.

NEMESIO. El amante de?...

EDUAR. Falso!

JUSTINA. Falso!

CAR. Falso! Y la prueba es que este caballero solo ha venido aqui á pedir mi mano.

NEMESIO. Asi dicen.

EDUAR. Es exactísimo. (Ap.) Esta chica nos salva!

LUP. (Á D. Nemesio.) Y usted se la concede?

NEMESIO. Va usted á verlo. (Dando el fusil á Justina y dirigiéndose á Eduardo.) Señorito, usted es hermano de Adela, y tiene cuarenta mil reales de renta: la hora del tren para Tor-

rejon ha pasado, conque es de usted mi sobrina. (Hace pasar á Carolina junto á Eduardo.)

EDUAR. (Fingiendo alegria y besando la mano de Carolina.) Gracias don Nemesio, gracias. (Bajo á D. Nemesio.) Despues se la devolveré á usted.

NEMESIO. (Sin comprender.) Qué dice?

LUP. (Con furor.) Pero con mil pares de cañones, esa mujer...

NEMESIO. Qué tiene usted que ver con Elena?

LUP. Y quién habla de Elena? Yo hablo de mi esposa.

JUSTINA. De su esposa de usted? Pues hace una hora que está allí, asomada al balcon.

LUP. (Volviéndose hácia el balcon.) Cielos! Es verdad!

EDUAR. (Estupefacto.) Cómo! Aquella es su mujer de usted? (Ap.) Pero si tiene lo menos cincuenta años!

LUP. Cincuenta y siete, caballerito, cincuenta y siete!

EDUAR. (Corriendo adonde entró Elena.) Y esta? Salga usted, señora: ya no hay peligro. (Sale Elena.)

NEMESIO. Su tia de usted, á quien tengo el honor de presentarle.

ELENA. Su tia!

EDUAR. (Bajo.) Conque me habia usted dicho otro número?

LUP. Y por qué la llamaba usted señora de Baldragas?

EDUAR. Por qué me llamaba usted señor de Cachupin?

LUP. Lo cierto es que alguno ha escrito á mi mujer en un tiesto de camelias lo que sigue: (Leyendo el billete.) «Cuando el animal de su marido salga, ponga usted ese tiesto al balcon, y en seguida tendrá usted noticias de Forragaitas.»

NEMESIO. Forragaitas!

LUP. Quién es el autor de este billete?

EDUAR. Quién ha de ser? Forragaitas.

ELENA. Es claro, Forragaitas.

CAR. No puede ser sino Forragaitas.

NEMESIO. No hay duda; Forragaitas es.

LUP. Ah! Conque es Forragaitas? Y quién es ese señor?

NEMESIO. Es... es... es Forragaitas.

LUP. No diga usted mas: quedo enterado. Yo le descubriré. (Váse rápidamente.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos D. LUPERCIO.

NEMESIO. Este hombre es un huracan!

EDUAR. Ahora que estamos solos, señor don Nemesio, debo decirle á usted que se ha mostrado generoso, sublime, caballeresco.

NEMESIO. Por qué?

EDUAR. (Tomando su sombrero.) Me permitirá usted que venga algunas veces á expresarle mi agradecimiento... (Mirando á Elena.) Si esta señora consiente...

ELENA. Yo?

CAR. (Á Eduardo.) Pero adónde va usted?

NEMESIO. Quédese usted á comer con nosotros.

EDUAR. Ah!

NEMESIO. Una vez que se casa usted con mi sobrina...

EDUAR. De veras me caso?... (Asustado.)

CAR. Qué dice?

EDUAR. (Ap.) Me atraparon! Cómo ha de ser! (Alto á Carolina.) Cuál es su nombre de usted?

CAR. Carolina.

EDUAR. El mio es Eduardo. Qué bonita novela se podria escribir con ellos! Lástima que acabe de una manera trágica! Es decir, casándonos.

NEMESIO.
Mas trágica puede ser
si por culpa de cualquiera
acaba... de la manera
que suele aqui suceder.

CAR. Razon hay para temer!

EDUAR. Estamos ante un abismo!

CAR. Te callas?

EDUAR. Por egoismo.

NEMESIO. Habla.

EDUAR. Si usted lo desea...
Público, aplaude, aunque sea
por no hacer siempre lo mismo!

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 24 de Noviembre de 1864.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.